

9-5-1699

LOS NUESTROS

FEDERICO JIMENEZ LOSANTOS

Una de las tonterías de mayor fortuna entre españoles y extranjeritos, especialmente tras la crisis del liberalismo de principios del siglo XX, es la de negar que en España haya existido Ilustración o cosa parecida. Bien es verdad que también se ha afirmado campudamente que no hubo romanización, ni Bárbaros, ni invasión islámica, ni Reconquista, ni Feudalismo, ni Renacimiento, ni Burguesía, ni Capitalismo, ni Liberalismo, ni Democracia, ni nada. Nada y nunca. Reputados caudillos regionales proclaman hoy que España no existe, nunca existió o murió hace tiempo. Cadáver curioso el español, fantasmal, insepulto y con excelente color, de atender a sus pintores.

Con mucho trabajo empieza pues a reconocerse la figura de Gregorio Mayáns y Siscar, valenciano eminentísimo que pasó hartos trabajos en vida para que se respetaran tanto su persona como sus ideas y que representa admirablemente la Ilustración temprana. Tampoco surge de la nada, ya que sus fuentes son españolas: los novatores, que en las postrimerías del XVII desarrollan en una España aparentemente desvenecijada pero soterradamente viva, impulsos, ideas y proyectos de reforma de ideas y costumbres que alimentan las Luces futuras.

Nació en Oliva (Valencia) en la última primavera del XVIII, el 9 de mayo de 1699. Su padre, Pascual Mayáns, era del bando austracista en la Guerra de Sucesión y acompañó al archiduque Carlos a Barcelona en 1706. Hasta 1713 en que lo envían de vuelta a Oliva estudia con los jesuitas de Cordelles pero ya en el pueblo natal es su abuelo el abogado Juan Siscar quien le incita al estudio del Derecho. Lo cursa en Valencia, donde trata a los novatores más destacados: Tosca, Corachán o Iñigo, que le facilitan lecturas esenciales en su formación, como Locke y Descartes.

En 1719 va a Salamanca para aprender más Derecho. El chasco por la situación universitaria, no mejor que la de Valencia, se compensa por el contacto que uno de sus profesores, Borruil, le facilita con el sabio helenista Manuel Martí, deán alicantino, que será su mentor y guía de lecturas clásicas, tanto españolas como latinas o griegas, y que encauzará su vocación hacia las Humanidades. Este derrotero es esencial en la futura creación de la Historiografía y Filología españolas por Mayáns porque entronca el afán ilustrado dieciochesco con el renacentismo español:

GREGORIO MAYANS

Su abuelo, el abogado Juan Siscar es quien le incita al estudio del Derecho / Creador de la Historiografía y Filología españolas / Sus sucesivos planes educativos fueron ignorados o mutilados por las universidades

La Ilustración temprana

Nebrija, Arias Montano, Fray Luis de Granada y Fray Luis de León, el Brocense, Luis Vives, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Cervantes...

Toda la larga y fecunda vida intelectual de Mayáns estará encaminada a recuperar, editar y enaltecer esa tradición española. Las Luces en España no dependen ni de la nueva dinastía borbónica ni son copia de Francia.

Tras terminar sus estudios de leyes en Salamanca y Valencia, siempre con cierta zozobra económica, gana la cátedra de Código Justiniano, pero sus colegas valencianos de la facultad de Derecho le hacen la vida imposible. Tras un panfleto en latín contra sus detractores, publica en 1725 la *Oración en alabanza de las obras de D. Diego Saavedra Fajardo* y en 1727 la *Oración en la que exhorta a seguir la verdadera idea de la elocuencia española*, donde critica los excesos barrocos y pondera la sencillez hispana y ática de los *Fray Luises*, Vices o el Brocense. Viaja



a Madrid en ese año, donde le acogen con afecto el director de la Academia Española, Marqués de Villena y el Bibliotecario Real, Juan de Ferreras.

Comienza a cartearse con Feijóo, pero pronto romperá con él achacándole escasa formación y mucha superficialidad.

En su *Historia del Pensamiento Español*, José Luis Abellán sus-

cribe las tesis del gran erudito y editor mayansiano Antonio Mestre sobre la razón que asiste a Mayáns contra Feijóo y, sobre todo, contra Antonio Flórez, autor del gran monumento que es la *España Sagrada*, al que achaca recoger igualmente historia y superstición, muy especialmente en lo que respecta al apóstol Santiago.

En 1730, tras perder en favor de Arbuixerch la pavordia de la universidad valenciana, oposiciones en las que se mezclaron insidias políticas de borbónicas y austracistas, foralistas y antiforalistas y,

naturalmente, las envidias y rencores suscitadas entre sus colegas por Mayáns, éste decide abandonar Valencia por Madrid, donde conseguirá el cargo de Bibliotecario Real. Llevaba del brazo su *Orador Cristiano*, (1733) que le abre en la Corte tantas puertas como le cierra. Un año antes ha publicado su autopresentación como latinista *Epistolarum libri sex*, que le abre las de media Europa.

En 1737 publica la primera biografía de su amadísimo Cervantes y *Orígenes de la lengua española*, verdadera fundación de la Historia de la Lengua y Literatura del español. Y escribe uno de los textos más tristes de nuestra historia: la Carta-Dedicatoria al ministro Patiño con un ambicioso plan de renovación académica y cultural de España: estudios sobre Lengua Castellana, de Ortografía, Gramática y Retórica; sobre Filosofía; sobre Jurisprudencia; sobre Historia; diccionarios de voces antiguas, etimológico, latino-español y español-latino, de Arte y Ciencias; unas Instituciones de Derecho español; una Historia documental de España y, en fin, una Historia de la Iglesia, que le parecía esencial. La carta, esto es lo triste, ni siquiera recibió respuesta.

En 1739, escaso de fondos y desengañado de ambiciones, se retira a Oliva, se casa con una prima, Margarita Pascual, y funda en 1742 la Academia Valenciana «dedicada a recoger e ilustrar las memorias antiguas y modernas, pertenecientes a las cosas de España». Su censura de la *España Primitiva* de F. Javier de la Huerta y Vega, «fábula indecorosa y opuesta a las verdaderas glorias de España», le enemista con las Academias de la Historia y Lengua. Su edición de la *Censura de historias fabulosas*, de Nicolás Antonio, enfrenta a la Academia Valenciana con la Inquisición. Mayáns se refugia en la correspondencia con el extranjero. Para los alemanes, sobre todo, se convierte en un mito.

La llegada de Fernando VI al trono y de Ensenada al poder rescatan del forzado retiro a Mayáns, totalmente reivindicado por Carlos III, que lo nombra Alcalde de Casa y Corte. Tras la expulsión de los jesuitas le encarga un nuevo plan de educación que los rectores universitarios, trocean y arruinan. Pero en Oliva y Valencia lo visitan viejos y nuevos ilustrados: Piquer, Pérez Bayer, Muñoz, Cerdá Rico, Cavanilles, Blasco... Dedicó sus últimos años a preparar la edición de la *Obra Completa* de su adorado Luis Vives, pero muere su mujer y él le sigue en Diciembre de 1781. Tenía 82 años.

POLOS OPUESTOS

César / Bruto

IGNACIO MERINO

Bruto es la honradez republicana y César la ambición del poder absoluto, pero no nos dejemos engañar por categorías absolutas, pues Julio fue también un buen tirano y Marco Bruto, el peor de los ingratos.

Cayo Julio César, como Napoleón, sufrió las amargas heridas de un arduo ascenso, plagado de reproches. Sobrino del tirano Mario, fue proscrito por su vengativo rival, Sila, cuando aún usaba la *praetexta* y apenas tenía que afeitarse. Anduvo errabundo por el país de los sabinos hasta que lo acogió el rey de los bitinios, Nicomedes, por lo que sus enemigos le apodaron con sorna obscena la *reina de Bitinia*.

Era un jovenzuelo arrogante que cuando fue apresado por los piratas en Farmacusa subió el rescate él mismo, pues

20 talentos le parecieron pocos. Muerto Sila, vuelve a Roma y se gana el favor de los ciudadanos por su elocuencia y amable trato. Es elegido tribuno por el pueblo y luego cuestor, tocándole la Hispania Ulterior. En Cádiz vio la estatua de Alejandro Magno y lloró, por no haber igualado a su edad sus hazañas.

Como edil de Roma engrandeció la urbe, siempre conspirando y sobornando para eliminar a sus enemigos. Como pretor, fue el más severo en el juicio por la conjuración de Catilina. Ya cónsul, se asoció con Pompeyo y Craso en el célebre triunvirato que acaparó el poder, pero sus victorias en la Galia Cisalpina y en Bretaña despertaron los celos de Pompeyo, que le retiró el mando por decreto. César se levantó en armas, cruzó el Rubicón que formaba el límite de su provincia y mar-

chó sobre Roma. Pompeyo huyó con el Senado y el pueblo entregó la dictadura al general invicto. Combatieron por media Europa hasta llegar a Farsalia. Allí estaba Bruto, del lado de Pompeyo y entregado al estudio de Polibio la víspera de la famosa batalla, tal era su proceder estoico, aprendido de su tío Catón.

Julio venció y Bruto sobrevivió. Los generales de César tenían la orden de protegerlo, dicen sus biógrafos que por amor a su madre Servilia. También porque creía ser su padre. César aspiraba a rey.

El padre de Bruto había liquidado la monarquía de Tarquino y el hijo quiso emular su grandeza. Severo y recto, reprendía los vicios ajenos con la propia virtud y no se dejó engatusar por Julio, que lo quiso su sucesor. El aspirante a monarca sospechó de los conspiradores republicanos, pero se dejó vencer por lo que amaba, no por lo que temía.



César.



Bruto.

Aquel día infausto de los idus de marzo, no dejó que su devota guardia hispana lo acompañara al Senado. Los conjurados se acercaron con besos y lisonjas mientras tocaban el metal de sus puñales. Cuando Julio César vio que Marco Bruto también le hería dejó de defenderse, se cubrió con la toga y le recriminó llamándole hijo. El pueblo romano, tan voluble, aclamó a Bruto por devolverle la libertad, para perseguirlo al día siguiente en los funerales de César, a quien adoraban. El ahijado felón huyó y fue acorralado por las tropas de Antonio y Octavio, y, en los campos filipicos, dio la cerviz a la espada de Estratón. Dice

Quevedo que «su muerte prematura y voluntaria acabó por perder las reliquias de la libertad romana». El hombre intachable que traicionó la amistad más generosa, dijo antes de morir: «Yo nunca fui enemigo de César, sino de sus designios».